

trados por una y otra parte; por fin se hace presente á los jueces su deber de fallar segun la ley y la religion, inculcándoseles mucho en la segunda la grave responsabilidad que pesa sobre ellos, si condenan á un inocente á una pena irreparable. Se pueden sacar de la misma excelentes ideas para un caso análogo.

35. No parece exacto el juicio que forma de este orador Alejo Pierron, pues no se encuentran en las dos mejores oraciones, que son las citadas, las antítesis, las desinencias simétricas, y demás defectos de la escuela de Gorgias y en general de los sofistas. Se hallan en la coleccion de los diez oradores atenienses: léanse, y júzguese. Longino y otros autores citan una retórica de Antifon, pero como ha habido varios de este nombre, segun se ha dicho al principio, es posible que fuese de alguno de estos, como tambien otros tratados que se atribuyen al nuestro. Platon en su diálogo *Menexeno*, ed. Didot, no juzga de él muy favorablemente, como se desprende de estas palabras: «Cualquiera que hubiese sido enseñado peor que yo en retórica, como el que lo hubiese sido por Antifon Ramnusio, etc.»

ANDÓCIDES.

Nac. en 468. ant. de J. C. — 286 de R.

36. Los escritores, cuyas obras principales se han conservado, ofrecen gran ventaja á los que han de ordenar su biografía, ó juzgarlos en un libro de literatura, mayormente si son muy antiguos; pues casi no hay otro medio de hablar de ellos con acierto. La misma diversidad de juicios ó de relatos que se observa tal vez en los que se han ocupado de los mismos, obliga al que se propone hacer una crítica concienzuda de ellos á tomarlos y oír de su boca lo que dicen: no contentándose con referencias, los examina y entresaca lo que pueda convenirle para fundar sus asertos. El que ha de ocuparnos ahora ha dado lugar á estas reflexiones por hallarse algunas cosas en sus obras de diferente manera de lo que lo dicen los críticos.

37. ANDÓCIDES hijo de Leógoras era noble de nacimiento,

y natural de Atenas ó de un pueblo cercano. Hacia el año 440 mandaba juntamente con Glaucon las veinte naves con que Atenas determinó socorrer á Corcira contra Corinto¹. Despues continuó sirviendo á su patria ya con las armas, ya con varias embajadas que enumera en su oracion contra Alcibiades en el último aparte, á saber, á Tesalia, á Macedonia, á los Molosos, á los Thesprotos, á Italia y á Sicilia. Pasó una vida muy agitada y turbulenta. Disgustado de los negocios públicos siguió por algun tiempo la carrera del comercio. Contrajo de este modo muchas relaciones en países extranjeros: se hizo muy amigo de Evágoras rey de Chipre, á quien dió por dinero una jóven prima suya, hija de Aristides; pero avergonzado tal vez de una accion tan fea, ó temiendo la severidad de las leyes de su patria, trató de sonsacársela y llevarla otra vez á Atenas. Evágoras habiéndole sorprendido, le puso en la cárcel de la cual se escapó. El mismo dice en la citada oracion que fué perseguido cuatro veces delante de los tribunales.

38. En 415 cuando la flota ateniense estaba aparejada para zarpar hácia las costas de Sicilia en auxilio de Egesta, contra Selinonte apoyada por Siracusa, segun refiere él mismo en su oracion *sobre los Misterios*, se levantó un ciudadano en la junta del pueblo, y dijo que mientras este se disponia á despedir una escuadra tan numerosa, tan bien equipada y pertrechada con tantas espensas para ir á correr los mayores peligros, él iba á denunciar un delito el mas escandaloso y sacrilego, la profanacion de los misterios de Eleusis ejecutada por Alcibiades, á quien acababan de nombrar general en jefe de aquella expedicion. Negó Alcibiades el hecho, y pidió que se procediese á la averiguacion antes de hacerse á la vela; pero la insistencia del pueblo y de la tropa en que saliese cuanto

¹ Tucíd. 1. Plut. x. *Orat. vitæ*. No obstante Lisias en la oracion contra Andócides dice, que no sirvió en el ejército fuera de la ciudad ni en caballería, ni en infantería, ni en la armada como comandante de buque, ni como simple soldado de marina. Podria ser pues que el Andócides comandante de las veinte naves fuese el abuelo de este, el mismo de quien dice Plutarco que ajustó con los lacedemonios la tregua de 30 años.

antes la flota, hizo que se prescindiese de él: se instruyó no obstante un largo proceso del cual resultaron muchos complicados y muchos castigados. Uno de los testigos se ofreció á denunciar además, quiénes habian sido los que poco tiempo antes habian mutilado en una noche todas las estatuas de Mercurio que habia en las calles y plazas de Atenas. Nombró á 18: practicándose nuevas diligencias, un tal Dioclídes dijo que eran unos 300 los cómplices, entre los cuales nuestro orador, su padre y varios parientes. Todos los que pudieron ser habidos fueron luego encarcelados, y hubieran sufrido quizás la pena capital, si Andócides, movido por las súplicas de un primo suyo tambien preso y demás compañeros de infortunio, no se hubiese decidido para salvarse á sí y á ellos á denunciar á los verdaderos culpables de aquel atentado. Quedó probada la denuncia de Andócides y la calumnia de Dioclídes, por lo que este fué condenado á muerte, y los presos soltados. Se ve por lo dicho y por muchas otras pruebas que alega en la citada oracion y en la *De su vuelta*, que es falso lo que le imputaban de haber delatado á su padre tanto en esta causa, como en la de los misterios de Eleusis, en que un esclavo le comprendió entre los profanadores. Así se engañó Focio, y se han engañado los que tomándolo de este escritor lo han afirmado. Es digna de leerse dicha oracion en que se defiende de todos los cargos que le imputaban, como pieza oratoria y jurídica. El plan de ella parece el mas natural.

39. Pesaba sobre él una sentencia que le prohibia entrar en los templos y en el foro. Durante el gobierno de los 400, mientras la flota ateniense se hallaba en la isla de Samos para vigilar las costas del Asia menor, Andócides ocupado en sus especulaciones comerciales le llevó víveres y armas de que tenia mucha necesidad, como lo refiere en la oracion *Sobre su vuelta*, y creyendo que esto le seria contado como un gran servicio fué á Atenas, en donde así que se supo su llegada al Piréo, se dió orden para prenderle, y conducido al senado, Pisandro que era el que tenia entonces mas autoridad le acusó de haber proporcionado bastimentos á los enemigos. Tuvo Andócides que acogerse al altar de Vesta, pues de otro modo iban los senadores á condenarle. Pudo escaparse tambien de la

cárcel; caido aquel gobierno volvió á Atenas de donde tuvo que huir otra vez en tiempo de los 30 tiranos, hasta que juntándose con Trasíbulo y otros desterrados los echaron abajo. Logrado esto y con tales merecimientos creyó que podria de allí en adelante vivir tranquilo, y que nadie se acordaria de lo practicado contra él por dos gobiernos intrusos; pero sus enemigos le persiguieron en justicia, y renovaron todos los antiguos cargos que pesaban contra él mismo. Dice pues en el exordio que es tanta la confianza que tiene en la justicia de su causa y en la rectitud de los jueces, que no ha temido entregar su persona á su disposicion, á pesar de lo que iban diciendo sus enemigos. Le asalta luego la duda sobre á cuál de los cargos contestará primero, y se decide por hacer antes la narracion detallada de todos los hechos en que se funda la acusacion. Ministra los testigos correspondientes, y sobre su deposicion va razonando de una manera que parece no queda lugar á dudar de su inocencia. El epílogo está lleno de afectos. «Acordaos, jueces, dice, de los servicios prestados á la patria por mis mayores. Los lacedemonios por consideracion á la ciudad de Atenas, que habia proporcionado la libertad á toda la Grecia con sus victorias contra los persas, no quisieron destruirla, como pedian los demás aliados terminada la guerra del Peloponeso: mis mayores trabajaron tambien en aquella grande obra: imitad pues á los lacedemonios, y salvadme á mí su descendiente por consideracion á ellos. Mi casa que habia sido el asilo de cuantos necesitados acudiesen á ella, y que contaba con tantos buenos servidores del estado cuantos fueron sus individuos, ha quedado arruinada por los desastres públicos. Yo he tenido que procurarme lo necesario con mi trabajo honradamente: ¿qué habeis de hacer de mí? Las vicisitudes por que he pasado me han obligado á ver muchos paises, y conocer muchas personas, cuyas relaciones pueden ser importantes á la república. Si me condenais, todo esto será perdido para vosotros. Que yo continúe la serie de mis progenitores, que han sido útiles á mi patria. Ellos desde su tumba os están contemplando para ver si haceis caso de sus méritos. Yo he quedado solo. ¿A quién acudiré? ¿á mi padre? No existe. ¿A mis hermanos? No tengo ninguno. ¿A

los hijos? No los he procreado. Vosotros sereis en lugar de todos estos, y ya que admitís en el número de nuestros ciudadanos á extranjeros como á los de Tesalia y Andria, espero y os suplico, que conservareis al que lo es por ley, por nacimiento, y por voluntad:» Esta oración fué pronunciada sin duda algunos años despues de la pérdida del combate naval de Egos-potamos, en que quedó arruinado el poder de Atenas y terminada la guerra del Peloponeso, por lo que dice que hicieron los lacedemonios; y como aquello tuvo lugar en 404, parece que á lo menos habrían pasado unos seis años. También de lo que dice en su oración contra Alcibiades, núm. 8, que salió absuelto en cuatro causas, se infiere el resultado de la presente. En esta suposición se esplica bien el objeto de otra oración titulada, *Sobre su vuelta*, dirigida al pueblo, á saber, granjearse su voluntad, y borrar todas las preveniciones que habia contra él, anunciando que habia comunicado al senado un secreto de mucha importancia para lograr la seguridad de su persona.

40. La tercera oración se dirige á aconsejar al pueblo que haga la paz con los lacedemonios, como estos mismos pedían por medio de embajadores mandados á Atenas. Las primeras condiciones impuestas por Lisandro fueron durisimas, y solo aceptadas por necesidad: repuesta ya un poco la república de Atenas, y habiéndose separado algunos aliados de Lacedemonia, porque empezaron á temerla demasiado, quiso esta última atrársela proponiéndole condiciones mas aceptables para una paz duradera. Habia mucha oposición en Atenas, porque no podían olvidar la afrenta de una derrota completa. Andócides les aconseja que tomen este partido como el mas ventajoso. Se muestra en esta oración tan hábil político como buen orador. Tal vez Pierron fué inducido en error por esta oración, cuando dice en su *Historia de la Literatura griega*, que Andócides fué quien negoció con los lacedemonios la paz ó tregua de 30 años, pues esto se verificó en 446, cuando nuestro orador no tenia mas que 22, y no es probable que á esta edad se le confiase un encargo de tamaña importancia ¹.

¹ V. Plut. *Vite* x *Orat.* Andócides.

41. La cuarta oración contra Alcibiades es notable por las muchas noticias que contiene sobre este personaje. Parece que Alcibiades y Nicias habian pedido contra Andócides un destierro de diez años: en su oración pues ataca al primero para obligarle á defenderse ó purgarse de lo que le objeta antes que se atienda á su instancia. Este orador tiene mucho talento y despejó: presenta los pensamientos con mucha claridad: está muy instruido en la historia de su país y en las intrigas de gobierno. Se hallan en él algunas ideas comunes con Antifon, que pueden tomarse por fórmulas legales ó muy usadas en los discursos de esta especie, por ejemplo, la ventaja que tienen los acusadores sobre los acusados por haberse tomado todo el tiempo que han querido en preparar el ataque, la obligación que contraen los jueces por el juramento, el pingun inconveniente que resulta por lo comun de absolver á un reo, y la gran trascendencia en condenar á un inocente, etc. Sin ser sublime parece que puede contarse entre los buenos oradores atenienses.

LISIAS.

N. en 458. M. en 378 ante: de J. C. — 376 de R.

42. La ciudad de Sibaris en Italia, célebre en la historia por la opulencia, molicie y corrupcion de sus habitantes, quedó reducida á un desierto, despues que los Crotoniatas en número de cien mil derrotaron á los Sibaritas que eran trescientos mil hácia el año 520 antes de J. C. Algunos griegos salidos de Tesalia fueron á poblar de nuevo 60 años despues aquella desgraciada ciudad; pero viéndose continuamente molestados por los de Crotona, pidieron auxilio á las repúblicas de Esparta y Atenas. Se echó en su consecuencia un bando en el territorio de las mismas permitiendo á los que quisiesen, ir á establecerse en ella, ó en otra que se construyese bajo la protección de dichos gobiernos. Se juntaron muchos griegos, y fundaron con los habitantes de la antigua Sibaris, que quedó del todo

¹ Diod. 12. *Biblioth.*

abandonada, otra ciudad que llamaron Turio hácia el año 444. Formaban parte de esta colonia Herodoto, del cual se habla en la Seccion de Historiadores, y Lisias de quien vamos á ocuparnos como uno de los diez oradores atenienses. Algunos añaden otros dos hombres célebres, Tucídides y Empédocles.

43. LISIAS nació en Atenas de Céfalo, rico siracusano, que habia trasladado su domicilio á aquella ciudad: á los 15 años perdió á su padre, y con su hermano mayor Polemarco quiso ser uno de los primeros moradores de Turio. No se sabe que allí se distinguiese como orador, solo sí que se formó para la elocuencia en las escuelas de Tisias y Nisias siracusanos; se conjetura no obstante que dotado como estaba de talento, sería uno de los que tomarian mas parte en los negocios públicos en una poblacion que no dejaria de ofrecer muchas ocasiones, por componerse de hombres de diferentes países y costumbres, y en que pronto se despertó una fuerte rivalidad entre los antiguos moradores de Sibaris y los recién venidos de Grecia. Habia ya ella tomado mucho incremento, cuando los atenienses resolvieron mandar una flota respetable en auxilio de Egesta, como se ha dicho en el núm. 38. Se dividieron los ánimos en Italia. Turio que estaba á la orilla del mar en el golfo de Tarento seria aliada ó partidaria de Siracusa. Despues de la derrota que sufrieron en Sicilia los atenienses, se enconaron mas y mas los partidos en Turio, y prevaleció por supuesto el de los que habian triunfado en las aguas de Siracusa. Fueron echados todos los atenienses, y entre ellos tambien nuestro orador, que despues de una ausencia de 33 años volvió á su país natal, pero sin recobrar los derechos de ciudadano, que habia perdido al inscribirse en otra ciudad. Era precisamente cuando Atenas estaba bajo el régimen de los 400 en 410. Siete años despues, ó sea en tiempo de los 30 tiranos, Lisias y su hermano fueron perseguidos; sus bienes confiscados; pero aquel pudo escaparse, no así su hermano Polemarco que tuvo que beber la cicuta. Fué despues uno de los que acompañaron á Trasíbulo, y de los que le ofrecieron toda clase de medios en dinero, en hombres y pertrechos de guerra; por lo cual, recobrada ya la libertad, y funcionando el gobierno regular, el pueblo á propuesta de Trasíbulo le dió el derecho

de ciudadano, cuya concesion fué impugnada por Arquino y considerada ilegal por no haber intervenido el senado ¹. Si-guió no obstante en Atenas hasta su muerte como extranjero *ισοτελής*, ó contribuyente á la par de los demás ciudadanos, con los mismos derechos escepto la magistratura.

44. La ocupacion de Lisias fué desde entonces escribir oraciones por la mayor parte forenses, pues en Atenas debian los mismos interesados presentarse en juicio ya fuesen actores, ya reos, ó sea, demandantes ó demandados. Y como no todos tenían suficiente habilidad para hablar en público, mayormente de materias legales, encargaban á uno que tuviese fama de orador el componer el discurso, que recitaban en el tribunal, ó en donde fuese necesario. No es extraño pues que se hayan atribuido á Lisias mas de 400 oraciones, bien que otros las reducen á 233. De estas la mayor parte pertenecian al género forense: se han conservado 31; una fúnebre y el exordio de dos políticas. Muchas están truncadas. Pasa por la principal la oracion fúnebre por los atenienses que murieron auxiliando á Corinto contra Lacedemonia. En ella hace mérito de todos los grandes hechos de los atenienses, y si algo debiese reprenderse, seria el remontarse á tiempos demasiado antiguos, y á hechos casi fabulosos. Si la gloria de los que sucumbieron en aquella expedición hubiese redundado en favor de toda la Grecia, por disputarse en ella su libertad ó esclavitud contra un ejército extranjero, sentaba muy bien el evocar recuerdos ilustres consagrados por las leyendas populares; pero siendo la guerra entre dos estados de la misma, á uno de los cuales auxilió la república de Atenas, no pasaba esto de un hecho comun, en el que pudieron los combatientes desplegar mas ó menos valor, pero no en términos que mereciese ser transmitido á las edades futuras en una magnífica oracion con semejantes citas. El pasaje de ella que se admira mas es la descripción que hace el autor en el núm. 43 (Ed. Didot) del acto de embarcarse los habitantes de Atenas al aproximarse Jer-

¹ Trasíbulo fué condenado á una multa, y al intimarle la sentencia dijo: «Como, por Júpiter! antes debía serlo á la muerte; pues ¿por qué he salvado á semejantes hombres?» Planudes *ad Hermogen.*

jes, siguiendo el consejo de Temístocles, y el oráculo de Delfos, que habia dicho que los atenienses no tenian otro medio de salvarse que las murallas de madera. Todos los que se encontraron aptos para las armas se dirigieron con la flota á Salamina: las mujeres y niños por la mayor parte fueron enviados á Trezena en la Argólida del Peloponeso: los viejos, enfermos, y algunos fanáticos, que creian que los muros de madera eran la ciudadela, no salieron de Atenas. Los que quedaban en tierra lloraban, y suplicaban á los dioses por los que arriesgaban sus vidas en frágiles leños, é iban al encuentro de una flota enemiga mucho mas numerosa: los que se embarcaban tendian sus manos, y no sabian desprenderse de los que quedaban en una ciudad, que dentro de poco seria tomada é incendiada por los bárbaros; las mujeres separadas de sus maridos iban á un país extraño, donde comerian el pan debido á la liberalidad ajena. Todo este cuadro está pintado con colores tan vivos, que al parecer no podia delinearse mejor.

45. Las cualidades que resaltan mas en Lisias, unas se refieren al lenguaje, otras á la invencion, otras á la composicion ó construccion. Todos saben que la pureza y propiedad se exigen en todo escrito, de modo que no debiera hacerse un mérito particular de ellas en el escritor mayormente griego, que no estudiaba otra lengua que la propia, y que estaba justamente envanecido con ella. Decir pues que un orador ateniense conocia bien su lengua, y la escribia con pureza, seria casi una vulgaridad: sin embargo como Lisias pasó 33 años en Turio en donde probablemente no se hablaba solo el dialecto ático por ser aquella poblacion un agregado de diferentes pueblos, redundando en grande elogio suyo el haberle usado tan bien, que sus oraciones eran consideradas como clásicas y modelo de lenguaje. La propiedad en Lisias consiste en aplicar cada palabra al objeto ó idea á que la consagró el uso, á no valerle de circunloquios, ni de voces trasladadas, cuando no lo exige la necesidad; pues las metáforas y demás tropos prueban muchas veces pobreza de lenguaje, ó deseos en el escritor de elevarse sobre el comun y hacerse menos inteligible, lo que sucede aun á los buenos, como Tucídides. El que conoce perfectamente la lengua en que escribe encuentra las palabras á

mano, no tiene necesidad de ir á caza de ellas, como si quisiesen huir, segun la bella espresion de Quintiliano: esto es lo que da principalmente facilidad, por la cual algunos criticos decian de Lisias, que decia lo que le venia á la boca. Y podia ser verdad, porque se habia acostumbrado tanto á escribir y á usar bien las palabras, que no se le presentaban sino las buenas y oportunas. De ahí resulta en gran parte la claridad tan alabada en este orador, y en la que ninguno le ha aventajado, quedando muchos inferiores á él. El mismo Demóstenes con toda su elegancia y mérito oratorio tiene pasajes bastante oscuros. La claridad depende tambien en gran parte de la buena colocacion de las palabras, ó construccion de las cláusulas, y del buen orden en presentar los pensamientos. En ambas cosas es escelente Lisias: las palabras están tan bien colocadas que quitando una de su lugar resultaria defectuosa la cláusula; y al recitarse producen una cierta armonia que prueba la relacion y ajuste que hay de unas con otras. En cuanto al orden en los pensamientos casi podriamos llamarle el mérito principal de este orador, lo que quiso indicar Quintiliano (lib. 10, capítulo 1. *Inst.*) diciendo, *Lysias subtilis atque elegans, et quo nihil, si oratori satis sit docere, quæras perfectius*. Así brilla él en la espesion ó narracion, parte tan esencial en un discurso forense. Parece que el lector está presenciando la escena; la misma série de sucesos le va interesando en favor del que habla, y esto mismo debia suceder á los jueces. Hé aquí una muestra.

46. Lisias acusa á Eratóstenes como principal autor de la muerte de su hermano Polemarco. Empieza su discurso diciendo: «Me es mas fácil hallar el principio que el fin de esta acusacion, pues son tantos y tan grandes los crímenes cometidos por los 30 tiranos, que al que quisiese contar solo los principales antes le faltaria el dia que acabar de enumerarlos. En los juicios comunes preguntan los jueces á los demandantes, si tienen alguna enemistad con el demandado: en este, invertido el orden, debiera preguntarse al demandado ¿que tan grande injuria has recibido de la república, que hayas tomado de ella una venganza tan atroz? No digo esto porque me falten motivos particulares de resentimiento contra Eratóste-

nes, sino para hacer ver que estos hombres nos han dado á todos sobrada ocasion de enojarnos por cosas propias y por las de la república. Como no acostumbrado á presentarme en ningun tribunal ni por intereses míos ni por los ajenos, siento verme forzado á venir aquí como acusador, y temo que mi poca habilidad y esperiencia en el hablar perjudiquen á lo que debo á mi hermano. Empezaré por instruiros de lo ocurrido.»

47. «Céfalo mi padre trasladó sus bienes y familia al país de Ática á instancias de Pericles. En los 30 años que vivió despues de su traslacion, ni él ni nosotros habíamos citado á ningun ciudadano delante de ningun juez, ni ninguno lo habia hecho con nosotros; porque como μέτοικοι¹, ó extranjeros, habíamos respetado á los demás, y los demás nos respetaron á nosotros. Pero desde que se apoderaron de la república los treinta malvados, bajo pretesto de corregir abusos y limpiar la ciudad de malhechores, todo cambió, y no se respetó ya ningun derecho. Hallábanse reunidos los treinta, cuando Teognis y Pison dijeron que los extranjeros avecindados estaban mal avenidos con aquella forma de gobierno, y que era preciso castigarlos, con lo que se juntaria una buena suma de dinero. Aquellos foragidos se habian propuesto nada menos que reducir á los habitantes á tales apuros, que la ciudad se hiciese inhabitable. Para los que estaban acostumbrados á asesinatos, era cosa liviana oír hablar de rapiñas. Decretaron pues prender á diez avecindados de los mas ricos y dos menos pudientes, para dar á entender que no se hacia esto por robar el dinero, sino por interés de la patria. Designadas las casas, echaron suertes sobre quién se encargaria de la comision. Los designados por la suerte fueron cada uno con sus esbirros á una de las casas proscritas. Me hallaba yo introduciendo y hospedando á unos forasteros, cuando llegó Pison uno de los comisarios á mi casa. Echados los forasteros, quedo preso y en poder de Pison, mientras sus ministros entrando en el taller se apoderan de los esclavos, y los apuntan en el

¹ Llamábase μέτοικος el extranjero que habia ido á establecerse en Atenas ó su territorio, el cual debia pagar todos los años un tributo de 12 dracmas.

registro como bienes confiscados. Entretanto ofrezco á Pison dinero por la vida, lo que acepta, con tal que sea una cantidad correspondiente. Ofrezco un talento, y conviene Pison. Ya sabia yo que este hombre pisoteaba todo derecho divino y humano; no obstante me ocurrió en aquel lance obligarle con la santidad del juramento. Juró, echándose todas las imprecaciones ordinarias para sí y familia, si despues de recibido el dinero convenido no me ponía en lugar seguro. Despues de esto me dirijo al arca, y empiezo á abrirla, lo que oyendo Pison, cátales ahí; y así que vió todo el dinero de mi casa allí reunido y las principales joyas, da orden á dos criados que levanten aquella arca, y la saquen fuera con todo su contenido. De este modo robó él, oh jueces, no un talento de plata que habia pactado, sino tres, cuatrocientas chicicenas de oro, cien daricas, y cuatro copas de plata. Yo le supliqué que me dejase tomar algo á lo menos para mi viaje; á lo que me contestaba que haria mejor en irme con el bolsillo limpio sin pensar mas que en salvarme, porque habíamos alcanzado unos tiempos en que debiese alegrarme de haber sacado salva la vida perdido todo lo demás, y que debia agradecersele á él. Salidos á la calle, Pison me entregó á Melobio y Mnesitheo, no sin decirme antes al oído que callase y tuviese ánimo, y que pronto me veria. Él fué á casa de mi hermano, y mis guardas me llevaron á la de Damnipo, en donde estaba Teognis á quien me entregaron. Damnipo era mi conocido: le supliqué que me favoreciese, ya que toda la causa de mi desgracia era mi riqueza. Dijo que lo trataria con Teognis, y mientras estaban tratando de esto en una pieza separada, yo que conocia bien aquella casa, me escapé por la puerta trasera, pues tuve la fortuna de que estuviesen abiertas las tres que debia atravesar. Me fuí al Pireo en casa de un piloto, al cual pedí que inmediatamente fuese á la ciudad á informarse de mi hermano. Volvió diciendo que le habian preso en la calle, y que estaba en la cárcel. Yo me embarqué de noche para Megara, en donde supe despues que mi hermano habia sido condenado á beber la cicuta sin sustanciacion de causa, ni ninguna formalidad legal. Su cadáver no fué llevado á ninguna de las tres casas que poseíamos, sino colocado en una ca-

ja comun alquilada, y espuesto así al público. Los vestidos de que estaban llenas nuestras alacenas no pudieron servir para cubrirle: un amigo dió su capa, otro una almohada, otro otra cosa para hacer el entierro con alguna decencia. Mirad, jueces, hasta donde llegó la codicia de aquellos infames. Despues de haber sacado de nuestro taller 700 escudos (la fabricacion de ellos era la ocupacion de esta familia), tanta cantidad de oro y plata labrada, cobre, muebles y ropa cuanta jamás hubieran creído, á mas de 120 esclavos que se repartieron, dejando los mas malos para el fisco, llegaron hasta la impudencia de arrancar de las orejas de mi cuñada unos zarcillos, que eran los mismos que llevaba el día de la boda. Nosotros no merecimos ciertamente un atropellamiento semejante, pues habíamos cumplido con todos los deberes de un forastero vecindado, habíamos contribuido muchas veces espontáneamente con nuestro dinero para las necesidades públicas; nos habíamos portado mejor que muchos ciudadanos. Y con todo esto me obligan ahora á parecer en vuestra presencia para sostener una acusacion de crimen capital, etc.» Se han omitido algunos pormenores, que hacen mas gráfica la narracion.

48. La invencion es otra de las prendas de Lisias. Sabe sacar argumentos de donde nadie los sacaria, y emplearlos con la mayor oportunidad, observando lo que se llama decoro, como se ve principalmente en las causas en que no se ministran testigos. Eratóstenes, uno de los treinta tiranos, era el principal culpable de la muerte de Polemarco. Se defendia diciendo que habia tenido que obedecer á la orden de los magistrados por temor de la pena. «¡Cómo! le replica Lisias, ¿quién, ó qué te obligaba á obedecer? ¿el juramento? no parece que los tiranos te hubiesen constreñido á tí ni á nadie con este vínculo respecto á los forasteros. Y aun dado caso que fuese así, ¿debían darte á tí, que, segun dices, te habias opuesto á la injusticia que se proponia contra nosotros, el encargo de llevarla á cabo? ¿Es posible que no sospechasen los demás que desempeñarias con poco celo? Alegas el mandato del magistrado. ¿Qué magistrado superior á los treinta habia entonces en Atenas? Donosa manera de escusarse cada uno de ellos con la autoridad de los demás colegas. Alegas también

que no sacaste á Polemarco de su casa, sino que encontrándole en la calle le prendiste para entregarle á los undecimviros. Esto te hace menos escusable, pues un simple ministro de justicia incurre en grave responsabilidad, cuando mandado por el juez no va á la casa que se le designa á prender á alguno, ó yendo, dice que no le ha encontrado, estando en casa; pero á tí, uno de los treinta, revestido de autoridad soberana, ¿quién te obligaba á detener á mi hermano en la calle? Si no querias perderle, ¿no podias disimular que le hubieses encontrado? O no pudiendo disimularlo, ¿no podias decir que no le tenias bien conocido, y que así pudo pasarte desapercibido? Y aun no pudiendo decir esto, ¿quién te obligaba á entregarle á los once ministros ó ejecutores de sentencias capitales? Así va Lisias discurriendo y estrechando á su acusado en términos que no le deja lugar á ninguna réplica.

49. Dicha oracion es una de las mejores. Ella y las demás que están enteras presentan un conjunto admirable como de una obra perfectamente acabada; pero tal vez no reúnen todas las cualidades de un discurso oratorio, porque un tal discurso, mayormente en el género forense, no solo debe ilustrar el entendimiento, sino también mover el corazón. Es verdad que en Atenas no se permitian aquellas manifestaciones esterioriores que se usaban en Roma para mover la compasion de los jueces en favor del acusado ó del acusador. Pero no podia impedirse que el que hablaba en un tribunal en causa propia se dejase llevar de los sentimientos naturales al hombre, y procurase escitarlos en los que debían fallar por él. Si Lisias hubiese introducido á Polemarco hablando y suplicando á sus verdugos, si hubiese representado el llanto de los hijos, y la desesperacion de la mujer al saber la prision de su marido y su condenacion, hubiera hecho una cosa muy conforme á la naturaleza. Nada de esto hay; por lo que sin duda le niegan la mocion de grandes afectos, aun aquellos criticos que mas le admiran; y Ciceron se contenta con atribuirle la sutileza, que quiere decir, finura, delicadeza, pureza de estilo. También significa, gracilidad, delgadez, y hablando de estilo, tenuidad ó estilo tenue: sin embargo dice que es un escritor elegante, que ya casi puede llamarse orador perfecto. *De cl.*

orat. Cuenta Plutarco en el tratado περί Ἀδολεσχίας que en latin es *De garrulitate*, y en castellano, *De la charlataneria*, que un cliente de Lisias fué á pedirle la oracion que le habia encargado, y que al día siguiente volvió diciéndole, que ella le habia parecido muy buena la primera vez que la leyó, pero que en la segunda y tercera la habia encontrado fria y lánguida. A lo que sonriéndose contestó el orador: «¿No la has de recitar por ventura solo una vez delante de los jueces?»

50. Lisias se empleó en componer discursos para otros despues de la desgracia de su familia y pérdida de los capitales, á la edad por consiguiente de 60 años: á esto tal vez debe atribuirse el que no tengan aquella viveza ó energía propia de la edad juvenil. En cambio muestra gran conocimiento de la historia; tiene principios fijos en política y moral; sabe retratar perfectamente á los hombres; es hábil en encontrarles las costumbres correspondientes, y cuando no las dan de sí, las supone con mucha probabilidad. Fué muy feliz en todas las causas que se le confiaron, pues, segun Focio, solo perdió dos, habiéndosele confiado tantas, segun el número de discursos que se le atribuían. Tambien dicen otros autores que tuvo escuela de retórica, y que escribió un arte de ella. Ciertas cartas amatorias que llevaban el nombre de Lisias pertenecen á otro.

ISÓCRATES.

N. en 436. M. en 338 ant. de J. C. — 416 de R.

51. Dos mil doscientos años hace que se veía en un terreno de Ática llamado *Cynosarges* un grupo de sepulcros pertenecientes á una misma familia, sobre uno de los cuales se levantaba majestuosa una columna de 30 codos coronada por una sirena de siete. Era el de ISÓCRATES el orador, cuya elocuencia habia querido manifestar su hijo adoptivo Afareo con aquel símbolo; pues asi como fingen los poetas que es tal el halago causado por la dulzura de la voz de aquel monstruo marino, que es necesario taparse los oídos aun los hombres mas valerosos por no ser víctimas de su encanto; así pareció tal

la suavidad de la elocuencia de Isócrates, que creyeron que no podia compararse con otra cosa mejor que con la voz de la sirena. Alcanzó los mejores tiempos de la Grecia, los tiempos de Pericles, de Tucídides, Jenofonte, Critias, Terámenes, Sócrates, Lisias, Platon y otros filósofos, grandes oradores y poetas, como Sófocles, Eurípides y Aristófanes. Se habia formado en las escuelas de Gorgias, Prodicó y Tisias siracusano. Pertenecia pues á la escuela de los sofistas, pero él fué sofista de buen género, que abandonó las sutilezas de Gorgias y las cavilidades de Protágoras. El mismo dice en el principio de su *Panathenaico*, que desde los primeros años de su juventud se propuso escribir discursos no sobre asuntos imaginarios llenos de estravagancias y mentiras, de que gusta el comun de los hombres; ni sobre las guerras y hazañas de los griegos, aunque veía que estos tenían mucha aceptación; ni sobre cosas triviales y de una manera desaliñada propia de escritorcillos; sino sobre materias que pudiesen interesar á reyes, á la república de Atenas, y á toda la Grecia, llenando la composicion de muchos entimemas, no pocas antítesis, cláusulas pareadas, y otras formas que enseña la retórica, y que arrancan aplausos de los oyentes.

52. «No ignoro, dice en el mismo discurso despues de la proposicion, de cuanta dificultad es la empresa que he tomado á la edad de 94 años; pues aunque como he dicho muchas veces, y repito ahora, las cosas pequeñas fácilmente pueden agrandarse por medio del lenguaje, es muy difícil hallar palabras correspondientes al mérito de las verdaderamente superiores por su grandeza ó hermosura.» En la oracion *contra los Sofistas* esplica tambien cuáles son sus principios sobre retórica. «Las reglas generales, dice, para componer y pronunciar un discurso, bajo un maestro instruido en su arte, no son muy difíciles de aprender. En cuanto á la invencion, eleccion, combinacion y disposicion de los pensamientos, en cuanto al cuidado de no separarse del asunto, de darle cierta novedad, presentando las pruebas bajo diferentes aspectos, guardar el decoro, ordenar las palabras de modo que resulte un ritmo y armonía musical; todo esto pide mucha diligencia y un talento privilegiado.... No creo que haya ningun arte capaz de en-

señar la templanza ó la justicia á espíritus rebeldes y poco dispuestos á la virtud; pero si juzgo la elocuencia á propósito para predisponer y escitar á ella.» En el *Panathenæico* conviene en que las galas que empleaba en su juventud desdican de su edad nonagenaria. Habla en el mismo de los sofistas, que eran su pesadilla (y estos son los de mal género): dice que habiéndose reunido tres ó cuatro de aquellos que prometen saberlo todo, y se hallan en todas partes, sentados en el Liceo empezaron á hablar de varios poetas, y entre otros, de Homero y Hesiodo, no poniendo nada suyo, sino recitando á manera de rapsodas los versos, y repitiendo lo mejor y mas elegante que se habia escrito sobre ellos; y que despues de los aplausos de los circunstantes, uno de los sofistas empezó á chismotear sobre él mismo, diciendo que despreciaba todo lo de los sofistas, que habia declarado guerra al modo de pensar y enseñar de los demás, y que trataba de dementes á cuantos no hubiesen aprendido en su escuela. Realmente en dicha oracion *contra los Sofistas* trata Isócrates á unos de embaucadores, pues que prometen lo que no pueden prometer, esto es, enseñar á los jóvenes cómo han de obrar, para que obrando como ellos enseñan, consigan la felicidad; felicidad, dice, que venden por cuatro ó cinco minas¹. Ataca en seguida á otros que prometen hacer oradores á todos los que sigan sus preceptos y solo con estos, sin necesidad de atender á la naturaleza de los negocios, ni á la particular disposicion ó talento de cada uno. Estos falsos maestros de filosofía y de elocuencia, añade, retraen á muchos de dedicarse al estudio, viendo la futilidad de la enseñanza, las contradicciones en que caen, y la extravagancia de su conducta.

53. Presupuesto el estudio y conocimiento del asunto sobre que ha de hablarse, y el talento suficiente, la retórica enseña, dice Isócrates en el exordio de su *Panegyrico*, cómo se pueden presentar de diferente manera los pensamientos, cómo rebajar las cosas grandes, y engrandecer las pequeñas, dar novedad á las antiguas, y á las modernas un cierto sabor de antigüedad, y cómo ha de portarse el escritor en las ma-

¹ Moneda griega de 100 dracmas.

terias tratadas por otros, las cuales no por esto ha de esquivar, sino procurar aventajarlos con la excelencia de su trabajo. Aconseja á los jóvenes en el *Panathenæico*, que no se den enteramente al estudio de los poetas ó á la poesía, porque si bien en aquella edad no podria encontrarse un ejercicio mas útil y mas á propósito para ocuparlos y distraerlos de cosas peores, cuando hombres no sacarán de él ninguna ventaja. Así se ven, dice, algunos muy buenos versificadores, que saben de memoria los mejores poetas, y que podrian enseñar muy bien las reglas de la poesía, y sin embargo para los negocios de importancia son menos aptos que sus mismos discípulos y criados. Entre estos cuenta tambien á los oradores de bufete, que escriben muy elegantes discursos, que conocen solo la teoría de los negocios, pero no sirven para la práctica, lo que repite en la oracion titulada *Archidamo*. Señala cuáles son en su concepto los que poseen una sólida instruccion, á saber, los que saben conducirse bien en los asuntos que ocurren todos los dias, aprovechar las ocasiones, y á cada cosa darle su valor, escogiendo entre varias la mas ventajosa; los que tienen las consideraciones debidas á las personas, con quienes tratan; los que pueden sufrir sus extravagancias, su aspereza de genio; los que se muestran afables con todos; que son de humor igual; que saben dominar sus pasiones; que no se abaten en las desgracias, acordándose de la condicion humana, y procurando hacerse superiores á ellas; los que en la prosperidad no se pervierten, cosa muy difícil, ni se olvidan de sí mismos, ni se engrien, sino que guardan la moderacion propia de los hombres prudentes, ni tanto se alegran de los bienes debidos á la fortuna, como de los que han recibido de la naturaleza, el talento y la prudencia. Los que poseen todas estas prendas, no una que otra, son, segun Isócrates, hombres prudentes, perfectos y adornados de todas las virtudes.

54. Lo dicho basta para conocer que Isócrates tomó algo de los sofistas, pues no todo lo de los sofistas era malo; y lo malo supo presentarlo bajo apariencias de bueno, en términos que todos los que han escrito de retórica despues de él lo han adoptado, como la doctrina de los adornos, y la de dar ó quitar la importancia á las cosas, aunque sea con alguna exage-

ración, pero todo esto dirigido por la prudencia y el buen gusto. Él mismo reconoce, como se ha visto, que unas cosas se permiten al orador cuando jóvenes, que le sentarian muy mal cuando anciano; lo que prueba que no las consideraba esenciales á la elocuencia.

55. Era Isócrates un gran preceptista, un gran filósofo, un gran político, y un excelente orador. Tuvo correspondencia y amistad con los reyes de Esparta, de Macedonia y Chipre, y con los personajes mas importantes de Grecia. Su escuela se vió favorecida de los jóvenes mas ilustres por su familia y por su mérito. De ella segun la espresion de Ciceron (*De orat.* 2), salieron muchos aventajados en la elocuencia, como en otro tiempo salieron del caballo troyano los príncipes del ejército griego. Pueden citarse los nombres de Timoteo hijo de Conon, Asclepiades poeta trágico, Teopompo de Chio, y de Eforo; de los dos últimos dice Quintiliano que estaban dotados de diferentes disposiciones, que conocia Isócrates, pues que para el uno empleaba espuelas, para el otro el freno. Hipérides, Iseo y Licurgo oradores, salieron tambien de su escuela. De Demóstenes se cuenta, que pretendió entrar en ella, y como no podia pagar la crecida retribucion que exigia el maestro, le ofreció la quinta parte, contentándose con que le enseñase la quinta parte de su retórica. A lo que contestó Isócrates que esta enseñanza se vendia entera como los buenos pescados, no á tajadas. Parece que esto no pasará de cuento, 1.º porque segun refieren muchos de sus biógrafos, no recibia estipendio alguno de los naturales de Atenas: 2.º porque critica mucho á los sofistas por vender por cuatro ó cinco minas todo su saber, ó mejor dicho, su jactancia; y 3.º porque en la vida de Iseo atribuida á Plutarco se lee que enseñó á Demóstenes por diez mil dracmas, cantidad diez veces mayor que la que pedia Isócrates. Llegó á reunir hasta cien alumnos, que iban de todos los puntos de la Grecia. A todos exigia igual paga por todo el tiempo que permaneciesen en la escuela, y que no les limitaba. Se dedicaba además á escribir oraciones para los que se las pedian, ó políticas ó judiciales. Nicocles rey de Salamina en Chipre le encargó una en que recomendase los deberes de los súbditos para con su príncipe: la escribió, y reci-

bió por ella veinte mil duros. Poco antes habia escrito otra probablemente sin escitacion del mismo, en que le enseñaba la conducta que debia tener un buen príncipe para hacerse amar y obedecer.

56. Hallábase sentado en la mesa de otro rey de una parte de la isla de Chipre, llamado Nicocreon, en compañía de los mas altos dignatarios, ministros, generales, y jóvenes de las mas ilustres familias. Reinaba la alegría, franqueza y familiaridad: cada uno procuraba divertir á los demás con sus chistes ó conversacion amena. Se invitó tambien á Isócrates á que contribuyera con su saber y elocuencia á amenizar aquella fiesta y entretener la reunion. Pero se escusó diciendo, «lo que yo sé no es de este lugar, y lo que es de este lugar yo no lo sé.»

57. Con los regalos que recibió de los reyes, con los honorarios de sus clientes, y sobre todo con lo que le pagaban sus discípulos reunió una fortuna muy considerable, de la que no formaba parte probablemente lo que tuvo en herencia de su padre Teodoro que era un instrumentista, y vivia de su trabajo. Los trescientos ciudadanos mas ricos de Atenas debian equipar á sus costas un buque de guerra en caso de necesidad: los que estaban puestos en lista tenian derecho de citar á juicio á otro no contenido en ella, y que en su concepto fuese mas rico para obligarle ó á armar un buque, ó á hacer permuta de bienes con el actor, lo que se llamaba *ἀντίδοσις*. Tres veces se intentó esta accion contra Isócrates, y en las dos venció¹; pero en la tercera tuvo que cargar con dicha obligacion del buque, lo que prueba que era de los trescientos mas pudientes de dicha ciudad. En los últimos años de su vida, cuando escribió el *Panathenaico*, reconoce que habia sido favorecido con muchos bienes de alma y cuerpo en tanta abundancia, que no tuvo que envidiar á nadie de los que se creian mas favorecidos; que la fortuna no le escaseó sus dones de modo que se viese privado de lo que una persona regular y decente necesita; finalmente que mereció todas las

¹ En una de ellas hallándose enfermo le defendió su hijo adoptivo Afareo contra la pretension de permuta de un tal Megaclides.

consideraciones de sus conciudadanos y extranjeros que no le reputaban un hombre vulgar. Dos cosas le faltaron para su completa felicidad, á saber, el órgano de la voz para hablar en público delante de una asamblea numerosa, y el valor ú osadía. Por esto suponen que decía: «yo pido mil dracmas á los que desean aprender la retórica: yo daría diez mil al que me proporcionase esa osadía, y voz robusta.» Su inclinacion le llevaba á los negocios públicos, y á lucir sus conocimientos, pero vió luego su impotencia. Así él mismo confiesa en el citado discurso, que ni tenía bastante energía para los negocios, ni todas las cualidades requeridas para la oratoria, y luego nombra las dos indicadas, las cuales dice que le faltaban de tal modo, que no había nadie que no le aventajase en ellas, y que los que están privados de las mismas son mas despreciados que los que por deber al fisco pierden el lugar que les corresponde en su tribu, pues estos pagando recobran su puesto, mientras que no hay medio para vencer la naturaleza.

58. Por cuya razon no pudiendo hablar en la tribuna popular, escribió, como se ha dicho, discursos que pudiesen interesar generalmente, y granjearle fama como se la granjearon. Con esto se puede entender fácilmente cuál era el género de elocuencia de nuestro orador. Era elocuencia de estudio, de aparato, de bufete: era elocuencia artística, que aunque no artificial, no era del todo natural. No habló mas que una vez en público por el asunto del armamento del buque. No sintió los embates de las oleadas populares; no tuvo que combatir con un adversario diestro, elocuente y vivo; no se vió precisado á las réplicas que enaltecen tanto á un orador, si se hacen bien, porque son improvisadas. Los grandes intereses del estado no agitaron su alma: todo su entusiasmo se evaporaba dentro de las paredes de su aula: los alumnos eran sus oyentes inofensivos. Así no podía desplegarse su elocuencia; la de sus discursos era calculada, y tan calculada que uno de ellos, el *Panegyrico*, le costó diez ó quince años de trabajo en formar el plan, en buscar las pruebas, en ordenarlas, en hallar las espresiones convenientes, en colocarlas armónicamente, en dislocarlas para volverlas el día siguiente ó el año siguiente al mismo

lugar. No hay que advertir que su lenguaje es puro, su espresion clara, su estilo grave y majestuoso; pero alguna vez afectado, porque se afana por las palabras, evita la concurrencia de vocales, usa de tropos y figuras hinchadas; solo por redondear un periodo emplea palabras ó frases no necesarias; es demasiado florido, y de ahí resulta una belleza postiza. Sus discursos son mejores para la lectura que para ser pronunciados en público, sobre todo en el foro. Pero el conjunto de la composicion es magnífico; pocos oradores le aventajan en grandilocuencia; él fué el primero en usarla, de modo que Dionisio de Halicarnaso compara la de Isócrates á las estatuas de Policeto y Fidias; y la de Lisias, que no obstante le aventaja en algunas cosas, á las de Calamidas y Calímaco. Para muchos eso seria hablar en griego como aquel crítico, porque no han visto ni leído nada de dichos estatuarios; quiere decir pues, que los dos primeros eran sublimes para los objetos grandes, como para representar á los dioses; los otros eran excelentes para objetos menos importantes, como un atleta, un púgil, etc., y así los primeros se distinguían por la gravedad y amplitud de las formas, los segundos por la lindeza y elegancia. Isócrates trata asuntos grandes grandiosamente; otros oradores se ocupan de asuntos judiciales y comunes, y los desempeñan bien. La diferencia entre ellos es la que hay entre un niño y un hombre, como nota Platon para otra cosa.

59. Se ha visto á Isócrates orador; los que quieran verle político, pueden leer sus oraciones, *Archidamo, por la paz, Areopagítica, Panegyrico, Panathenico, á Niccles, á Filipo*; pues es imposible comprender en un breve tratado todo lo que pudiera decirse de este excelente escritor. Como preceptista no hay que añadir nada á los elogios que le tributan los antiguos; se han puesto al principio algunas muestras de su doctrina tocante á retórica. Como filósofo aventaja quizá á todos los oradores: recórranse sus oraciones, y se verán todas ellas nutridas de filosofía. No pueden escribirse otras mas filosóficas, ó mas conformes á filosofía, dice el que ha hecho la mejor crítica de Isócrates. ¡Qué delicadeza de pensamientos sugerida por el buen uso de la dialéctica! Por ejemplo, en el *Panegyrico* des-